

# ¿Globalización o era de transición?

## Una perspectiva de larga duración de la trayectoria del sistema-mundo<sup>1</sup>

I M M A N U E L W A L L E R S T E I N\*

RESUMEN: A contracorriente del discurso de la globalización, que califica a ésta como una dinámica inédita e ineludible, este ensayo analiza la trayectoria del capitalismo como sistema-mundo demostrando que ni la "globalización" constituye una novedad ni un destino. En este sentido, la fase actual, más bien, necesita ser conceptualizada como una era de transición. Como una transición doblemente determinada, por un lado, por un marco temporal que viene desde 1945 y que corresponde a los ciclos de Kondratieff, por otro, por un marco que viene desde 1450 y que corresponde a las tendencias de larga duración. A la luz del primero, cabe esperar la próxima transición del sistema-mundo capitalista hacia una nueva fase de auge en las primeras décadas del siglo XXI; desde el segundo, el despliegue de una tendencia que conducirá, hacia el año 2050, a una crisis que abrirá una incierta situación de bifurcación histórica.

### Introducción

La década de los noventa estuvo abrumada por el discurso en torno a la globalización. Con él se nos ha dicho que casi todos estamos viviendo ahora, por primera vez, una era de globalización. Se nos ha dicho que la globalización lo ha cambiado todo: que la soberanía de los Estados ha declinado que la capacidad social para resistir las normas del mercado ha desaparecido, que nuestra posibilidad de autonomía cultural ha sido prácticamente anulada y que la estabilidad de nuestras identidades ha entrado seriamente en cuestión. Este estado de presunta globalización ha sido celebrado por unos, lamentado por otros.

<sup>1</sup> Traducción realizada por Luis Arizmendi.

\* Director del Fernand Braudel Center de la Universidad de Binghamton de Nueva York. Autor de obras tan importantes como *El moderno sistema-mundial*, *Después del liberalismo* y *Conocer el mundo, saber el mundo*. Todas publicadas por la Editorial Siglo XXI. Recibió el Premio Honoris Causa tanto de la Universidad Nacional Autónoma de México como de la Universidad Autónoma de Puebla.

ESECONOMÍA, Nueva época, N<sup>o</sup> 1, otoño, 2002.  
IPW

Pero este discurso constituye, en verdad, una interpretación enormemente equivocada de la realidad actual: una decepción impuesta sobre nosotros por grupos de poder y, peor aún, una que nos hemos impuesto nosotros mismos, a menudo desde la desesperanza. Es un discurso que nos conduce a ignorar los problemas que están ante nosotros y malinterpretar la crisis histórica dentro de la cual nos encontramos. Estamos, en efecto, en un momento de transformación. Pero no hacia un mundo recientemente globalizado que se edifica con reglas claras. Más bien, nos hallamos en una era de transición. Transición no simplemente para unos cuantos países atrasados que necesitan ponerse al día con el espíritu de la globalización, sino una transición en la cual el sistema-mundo capitalista entero será transformado en algo más. El futuro, lejos de ser inevitable y no tener alternativa, está siendo decidido en esta transición que conduce hacia un resultado extremadamente incierto.

Los procesos a los que normalmente se alude cuando se habla de globalización no son, de hecho, nuevos del todo. Han existido desde hace 500 años. La elección que tenemos que tomar hoy no gira alrededor de si nos subordinamos o no a éstos procesos, sino, mas bien, en torno a qué hacer cuando se derrumben, puesto que dentro de poco caerán. Uno podría pensar, leyendo la mayor parte de las explicaciones, que la "globalización" es algo que llegó a la existencia en los noventa quizás a partir del colapso de la Unión Soviética, quizás pocos años antes. Los noventa, sin embargo, no son un significativo parámetro temporal a usar si uno pretende analizar qué es lo que está pasando. Sería más fructífero evaluar la presente situación dentro de otros dos marcos temporales, uno que viene desde 1945 hasta nuestros días, otro que viene desde cerca de 1450 hasta nuestro tiempo.

El período que abarca de 1945 a nuestros días constituye un típico ciclo de Kondratieff de la economía-mundo capitalista, el cual tuvo, como siempre, dos partes: una fase A, de curva ascendente o expansión económica, que avanzó desde 1945 hasta 1967/73, y una fase B, de curva descendente o contracción económica, que ha abarcado desde 1967/73 hasta hoy y probablemente continuará por varios años más. El período que va de 1450 hasta nuestro tiempo, en contraste, indica el ciclo de la vida de la economía-mundo capitalista, que tuvo su fase de génesis, su fase de desarrollo normal, y ahora ha entrado en su fase de crisis terminal. Para comprender la presente situación, necesitamos distinguir estos dos tiempos sociales, y la evidencia empírica de cada una de ellos.

En varios sentidos, el ciclo de Kondratieff en el cual nos encontramos es el más sencillo de comprender de estos dos tiempos sociales, ya que, se asemeja a todos los ciclos previos de Kondratieff, que han sido muy estudia-

dos. El período A del actual Kondratieff fue el que los franceses acertadamente calificaron como «los treinta gloriosos». Coincide con el período culminante de la hegemonía de EU en el sistema-mundo y ocurre dentro del marco de un orden mundial que los EU establecieron después de 1945. Los EU, como sabemos, emergieron de la Segunda Guerra Mundial como la mayor potencia industrial porque sus industrias quedaron intactas y sus territorios no fueron gravemente dañados por la destrucción bélica. Las industrias de EU, por supuesto, mantuvieron perfectamente su eficacia hasta el final del siglo. Este desarrollo económico de largo plazo, combinado con el colapso literal de la estructura económica del otro lugar de mayor producción en el mundo —Europa—, proporcionó a EU una ventaja productiva enorme, al menos por un tiempo, que hizo fácil que sus productos dominaran el mercado mundial. Además, posibilitó la expansión más grande, al mismo tiempo, de la producción real y de valor en la historia de la economía-mundo capitalista, creando paralelamente gran riqueza y gran tensión en el sistema social mundial.

A partir de 1945, los EU tuvieron dos problemas mayores. Necesitaban un orden mundial relativamente estable para poder sacar provecho de su ventaja económica. Y necesitaban restablecer la demanda efectiva en el resto del mundo, si esperaban tener clientes para sus prósperas empresas productivas. En el período 1945-1955, los EU estuvieron listos para solucionar ambos problemas sin mucha dificultad. El problema del orden mundial se resolvió en dos partes. Por un lado, mediante el establecimiento de un conjunto de instituciones interestatales —ante todo, la ONU, el FMI y el Banco Mundial—, a las que EU controló políticamente y proveyó de su estructura formal de funcionamiento, por otro lado, más importante aún, mediante un acuerdo al que los EU llegaron con la única otra potencia militar seria en el mundo post-1945, la URSS arreglo al cual tenemos que referirnos con el nombre clave "Yalta".

Yalta fue un acuerdo, elaborado con todo detalle para el período de una década, que básicamente tuvo tres cláusulas. Primera, que el mundo fuera dividido de facto en una zona bajo control estadounidense (la mayor parte del orbe) y otra bajo control soviético (el resto), trazando la línea divisoria donde sus respectivas tropas se localizaban cuando la Segunda Guerra Mundial concluyó, de suerte que, ambos bandos acordaban mantener sus fuerzas militares dentro de estas fronteras. Segunda, la zona soviética podría, si lo deseaba, implementar una política comercial colectiva dentro de su bloque, es decir, podía reducir al mínimo las transacciones comerciales con la zona estadounidense hasta que se consolidara su propia maquinaria productiva, pero esto implicaba, como contraparte, que los EU no contribuirían a la reconstrucción econó-

mica de esta zona. Y tercera, ambos bandos quedaban en libertad, en verdad con la obligación, de fomentar vigorosamente una reciproca retórica hostil, cuya principal función, me parece, debía ser consolidar la política de control de los EU y la URSS en sus respectivas zonas de influencia. El Muro de Berlín y la Guerra de Corea, que dieron pie a treguas que reafirmaron las líneas divisorias originales, fueron la coronación final de este acuerdo global.

El problema de la creación de una demanda efectiva mundial suficiente para la producción estadounidense se resolvió por medio del Plan Marshall en Europa Occidental y de la asistencia económica equivalente para Japón —la cual se dió particularmente a partir del estallido de la Guerra de Corea y se desplegó usando como excusa esa guerra—. Los EU sacaron ventaja de las tensiones de la Guerra Fría para reforzar sus relaciones económicas con cadenas militares —mediante la OTAN y el Pacto de Defensa de Japón— para garantizar que estas zonas siguieran fielmente su liderazgo político en todos los asuntos importantes de la arena internacional.

Seguramente, no todos fueron felices con estos arreglos. Hubo después de todo

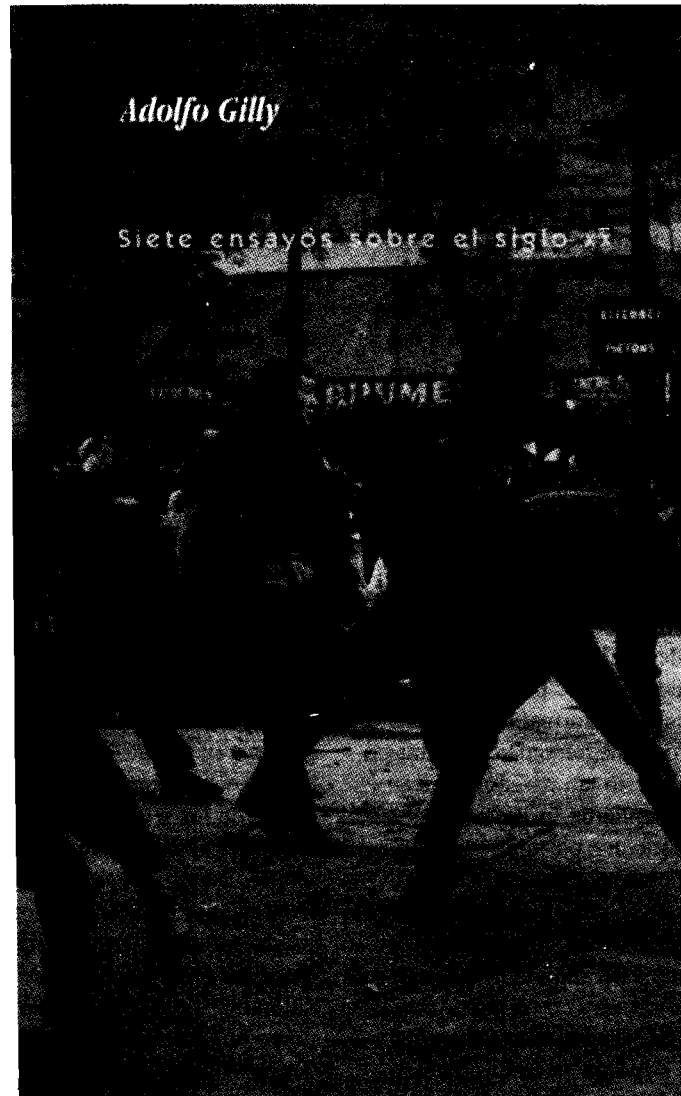
quienes quedaron fuera de los beneficios de Yalta —el Tercer Mundo en su totalidad, los grupos menos favorecidos dentro del mundo Occidental y los Estados soviéticos satélite en Europa centro-oriental, que soportaron su yugo pero no lo celebraron—. Aquellos marginados estallaron con alguna regularidad y de vez en cuando con particular fuerza: China en 1945-48, Vietnam, Argelia, Hungría en 1956,

Cuba, Sudáfrica. Estas sucesivas explosiones plantearon problemas para el orden mundial de EU y, por supuesto, para la Unión Soviética también. Pero fueron como puñetazos al estómago de un boxeador resistente, podían ser absorbidos, y lo fueron. La gran excepción fue la guerra de Vietnam, que comenzó a hacer sangrar a EU, tanto en términos financieros como de vidas perdidas y, por consiguiente, también en términos de moral nacional.

Pero el mayor golpe a EU, el más difícil de absorber, fue la recuperación económica y el crecimiento de Europa Occidental y de Japón. En los sesenta la brecha productiva entre éstos y EU fue siendo más o menos eliminada. Los países de Europa Occidental y de Japón recuperaron el control sobre sus mercados nacionales, y comenzaron a competir con efectividad con los productos norteamericanos en los mercados de terceros países. Incluso empezaron a ser competitivos dentro del mercado nacional de EU. La ventaja económica automática de EU estaba, por tanto, desapareciendo ampliamente hacia finales de los sesenta.

El incremento en la producción mundial, generado por la recuperación y la expansión de la producción

de Europa Occidental y Japón, condujo hacia la saturación del mercado mundial y un fuerte declive en la rentabilidad de muchos de los principales sectores industriales, como el de acero, el automotriz y el electrónico. La consecuente caída de la economía-mundo fue revelada por dos importantes eventos: la necesidad estadounidense de salir del patrón oro y la revolución mundial de 1968. La pri-



mera fue causada por los gastos político-militares realizados para mantener la hegemonía de EU que, en el marco de su mermada competitividad en el mercado mundial, se volvieron sumamente costosos y, por eso, drenaron los excedentes financieros norteamericanos. Los EU tuvieron que comenzar a trabajar fuerte políticamente para conservar la ventaja económica que mantuvieron fácilmente en el periodo A y empezaron por apretarse un poco su cinturón financiero.

La revolución mundial de 1968 fue disparada por el descontento de todos aquellos que quedaron fuera del bien organizado orden mundial de la hegemonía estadounidense. Los detalles del levantamiento de 1968 fueron diferentes en las diversas arenas del sistema-mundo, pero tal levantamiento ocurrió por todas partes: dentro de éste, además de los eventos de 1968 en el mundo Occidental y Japón, usualmente señalados, incluyó la revolución cultural en China que comenzó en 1966 y el movimiento por un «socialismo con rostro humano» en Checoslovaquia de 1968, así como los diversos acontecimientos de México, Senegal, Túnez, India y de muchos otros países del Tercer Mundo. En todos ellos, pese a las diferentes situaciones locales, hubo un doble tema recurrente. El primero fue la oposición a la hegemonía norteamericana y a la colusión soviética con esa hegemonía (el acuerdo Yalta firmado entre lo que los chinos denominan superpotencias). Y el segundo fue la desilusión con la Vieja Izquierda en todas sus formas (comunista, socialdemócrata, movimientos de liberación nacional). Desilusión que fue consecuencia imprevisible de varios éxitos de estos movimientos. Todos habían construido, desde finales del siglo XXI, una idéntica estrategia de lucha basada en dos pasos: primero conquistar el poder estatal, luego transformar la sociedad. El hecho es que, en el periodo de la hegemonía estadounidense, paradójicamente (o quizás no tan paradójicamente) los movimientos de la Vieja Izquierda, en efecto, llegaron al poder casi en todas partes: como partidos comunistas en los países socialistas (desde el Elba hasta Ya-lu), como partidos socialdemócratas (o sus equivalentes) en el mundo paneuropeo (Europa Occidental, Norteamérica y Australasia), y como movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo (o sus equivalentes como movimientos populistas en América Latina). Llegaron al poder pero no pudieron llevar a cabo el segundo paso que habían proyectado, la transformación de la sociedad en la que los revolucionarios de 1968 creyeron. Así, los movimientos en el poder fueron vistos como un fracaso frente a sus promesas históricas.

Fue justo en este punto que la economía-mundo entera entró en un largo periodo de estancamiento. La medida principal del estancamiento en la economía-mundo la proporciona la considerable caída de las ganancias provenientes de la producción hasta niveles en los que se en-

contraban antes del periodo A. Esto tuvo una serie de nítidas consecuencias. En primer lugar, los capitalistas cambiaron sus sitios primarios de búsqueda de ganancias de la esfera productiva a la esfera financiera. En segundo lugar, se desató un significativo incremento del desempleo mundial. En tercer lugar, ocurrieron significativos cambios de los sitios de producción desde áreas con altas hacia áreas con bajas tasas salariales (que usualmente son denominados como desplazamientos de «fabricas fugitivas»). Este trío de consecuencias ha tenido lugar en nivel mundial desde cerca de 1970. Desde entonces hemos tenido una escalada infinita de la actividad especulativa, que por supuesto es muy lucrativa, al menos hasta que la burbuja se reviente, para un grupo relativamente reducido de gente. Hemos tenido desplazamientos muy importantes de procesos productivos desde Norteamérica, Europa Occidental e incluso Japón hacia otras partes del sistema-mundo, reivindicados como pretendidos procesos de «industrialización» y desarrollo. Otra forma de caracterizar lo que esta pasando consiste en plantear que estos países semiperiféricos han sido receptores hasta ahora de industrias poco productivas. Por último, hemos tenido un ascenso del desempleo por todos lados –en la mayor parte de los países del Sur, sin duda, pero también en los del Norte–. Por supuesto, la tasa de desempleo no es uniforme en todos los países. ¡Ni mucho menos! Ya que, una de las principales actividades de los gobernantes de todos los Estados a lo largo de este periodo ha sido tratar de desplazar el peso del desempleo hacia otros Estados, sin embargo, tales desplazamientos únicamente pueden alcanzar éxitos momentáneos.

Revisemos rápidamente como este escenario esta llegando a su final.

El acontecimiento de mayor impacto económico de principios de los setenta, ahora casi olvidado pero que en su tiempo acaparó los titulares de los periódicos del mundo entero, fue el ascenso de los precios del petróleo implementado por la OPEP. De repente, los principales Estados productores de petróleo conformaron un cártel serio y elevaron los precios del petróleo en el mercado mundial considerablemente. En principio, fue acogido por algunos como una inteligente medida política de los Estados del Tercer Mundo contra los principales Estados del Norte. Pero, si se observa, había algo extraño. La decisión de la OPEP, una decisión que desde hace mucho tiempo había sido recomendada por presuntos Estados radicales como Libia y Argelia, fue únicamente posible gracias al imprevisible apoyo entusiasta de los más cercanos amigos de EU en el Medio Oriente, Arabia Saudita e Irán bajo el mando del Sha. ¡Qué curioso!

El efecto del ascenso de los precios del petróleo fue inmediato: se elevaron los precios de casi todos los otros

productos, aunque desigualmente. Lo que condujo a una reducción en la producción de muchas mercancías, manipulada por aquel ascenso. Así, países que obtenían ingresos de la exportación de materias primas vieron caer sus ingresos de esta fuente, en el mismo momento en que el precio de sus importaciones se elevó; a partir de ahí, su balanza de pagos experimentó agudas dificultades. A la vez que el aumento de la renta, derivado de la venta de petróleo, fue lo primero que experimentaron los países productores de crudo y, por supuesto, también las denominadas Siete Hermanas, es decir, las grandes megaestructuras transnacionales de la industria del petróleo.

Además, los países productores de crudo súbitamente tuvieron un excedente monetario. Parte del cual fue utilizado para incrementar sus gastos, aumentando considerablemente sus importaciones del Norte, lo cual ayudó para que éste restaurara su demanda en esos países. Pero otra parte fue a dar a cuentas bancarias, en su mayoría a EU y Alemania. Y como los fondos incrementados en los bancos tenían que ser prestados a alguien, éstos bancos concedieron préstamos agresivos a los ministros de Hacienda de los países pobres que padecían dificultades en su balanza de pagos, desempleo agudo y, consiguientemente, disturbios internos. Estos países se endeudaron excesivamente y encontraron dificultades para pagar los préstamos, que se acumularon propiciando que la deuda creciera hasta niveles intolerables. Fue justo al llegar a este punto que la ventaja competitiva de Japón imprevisiblemente floreció, aunque Europa Occidental tampoco lo estaba haciendo mal, mientras los EU padecían lo que se llama una estanflación.

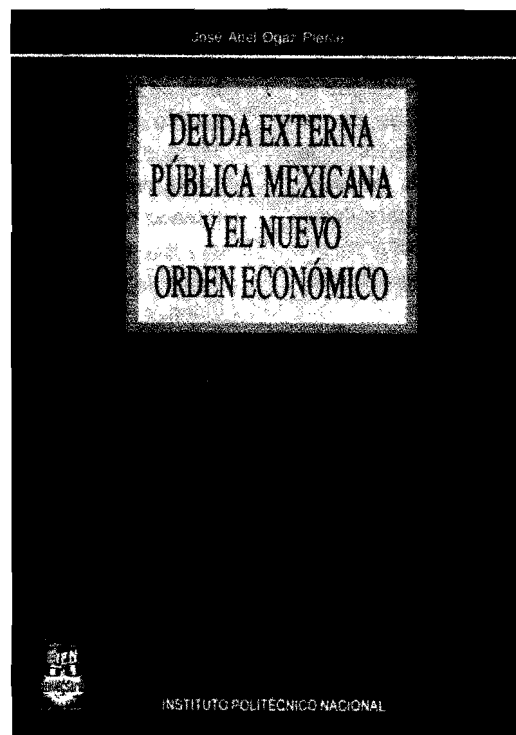
Mientras tanto, los EU procuraron mantener su dominio político en Europa Occidental y Japón edificando falsas estructuras consultivas: como la Comisión Trilateral o el G-7 (el cual, hay que decir, fue una idea de Valéry Giscard d'Estaing, quien lo prefiguró como órgano para limitar el poder de EU, aunque se convirtió en lo contrario). Los EU reaccionaron políticamente al fracaso en Vietnam adoptando, por un tiempo, una "postura discreta" ante el Tercer Mundo —que llegó a ser más flexible en zonas como Angola, Nicaragua, Irán y Camboya—. Pero no todos estaban dispuestos a responder a tal flexibilidad disminuyendo sus reclamos. El nuevo gobierno revolucionario de Irán, bajo Ayatollah Jomeini, rehusó jugar con las reglas del juego interestatal, denunció a EU como el gran Satán (a la URSS como el Satán número dos) y mandó encarcelar a los diplomáticos norteamericanos. El centrismo liberal y la economía keynesiana súbitamente pasaron de moda. Margaret Thatcher fundó lo que dieron en llamar neoliberalismo, que realmente constituyó un conservadurismo agresivo de un tipo que no se había visto desde 1848, y que incluía un intento por revertir el Estado de

Bienestar reorganizando la distribución para que las clases altas recibieran mucho más que las clases bajas.

Si los setenta concluyeron con una sacudida, los ochenta no se quedaron atrás. Los préstamos a los Estados pobres se fueron de las manos y la crisis de la deuda comenzó. No en 1982, como frecuentemente se sostiene, cuando México anunció que no podía pagar su deuda, sino en 1980, cuando el gobierno de Gierek en Polonia decidió intentar resolver los problemas de su deuda exprimiendo a su clase trabajadora, una jugada que encontró una resistencia espectacular ante el surgimiento de Solidaridad en Gdańsk. Los acontecimientos en Polonia simbolizaron la muerte de rodillas del sistema satélite de la URSS en Europa centro-oriental, eje esencial del convenio Yalta, aunque tomaría una década que la desintegración fuera completamente consumada. Este fue el mismo momento en que la URSS cometió el error táctico crucial de intervenir en Afganistán, que le costaría sangrarse a sí misma de modo similar a cómo EU lo había hecho en Vietnam, aunque éste enfrentó una menor fuerza social, logrando sobrevivir a las consecuencias.

Los ochenta pueden ser resumidos en pocas palabras clave. La primera la "crisis de la deuda", que trajo depresión no únicamente en la mayor parte de Latinoamérica (por no hablar de África), sino también en Europa centro-oriental. La crisis de la deuda reveló la medida en que la realidad económica de Europa centro-oriental no era esencialmente diferente de la del Tercer Mundo. La segunda los "gansos voladores" de Asia del Este —puesto que la sorprendente economía de Japón se abrió paso fácilmente a través de la economía-mundo, seguida primero por los cuatro dragones (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur) y, finalmente, por el Sudeste Asiático y el país-continente China—. La tercera el "militarismo keynesiano" de la administración Reagan, que superó la recesión de EU y su elevado desempleo mediante un enorme endeudamiento del gobierno, en particular con Japón, con la excusa del necesario reforzamiento de la estructura militar, cuya única gran consecuencia fue la creación de una increíble deuda nacional. La cuarta el florecimiento en los EU de valores de "bonos desechables", que esencialmente significó un préstamo enorme de grandes corporaciones al Estado para obtener ganancias por especulaciones a corto plazo a expensas de la maquinaria productiva, y que finalmente provocó una tras otra de las "medidas depresivas" con las que se impuso un nivel de ingresos medio con salarios bajos en la economía.

En los ochenta, la totalidad de la economía-mundo parecía estar en mala forma, excepto en Asia del Este, aunque esto no impidió a los especuladores acumular ganancias escandalosas. Junto a ellas, por un tiempo, cierta capa de la clase media alta, la denominada yuppies, prosperó causan-



do presiones inflacionarias en el mercado mundial de bienes de lujo y de bienes raíces. Pero la mayor parte del mundo sufrió pérdidas de ingresos y deflación debido al colapso de sus divisas. Al comenzar estas dificultades en el orbe, la Unión Soviética se hizo a un lado. Mejor dicho, Gorbachov implementó una tentativa espectacular buscando prevenir las lanzando el lastre por la borda. Unilateralmente desarmó a la URSS, forzando la reciprocidad de EU. Abandonó Afganistán y, en efecto, Europa central y del este. Y cautelosamente buscó reformar el sistema político interno. Su caída se debió a que subestimó gravemente las jóvenes fuerzas del nacionalismo dentro de la Unión Soviética, sobre todo al nacionalismo ruso.

La resistencia a que los acuerdos de Yalta se deshicieran provino de la debilidad tanto de EU como de la URSS. Ni EU ni Gorbachov querían desprenderse del acuerdo. Pero el largo estancamiento de la economía-mundo los obligó. Ni Humpty Dumpty podría unirlos nuevamente.

Desde 1970 la economía-mundo ha cruzado por tres ciclos de la deuda, que fueron intentos por mantener el poder adquisitivo del sistema-mundo: el primero estuvo determinado por los préstamos basados en divisas derivadas del petróleo al Tercer Mundo y los países socialistas; el segundo por los préstamos al gobierno de EU; y el tercero por los préstamos de enormes corporaciones. Cada uno incrementó

artificialmente los precios, en algunas áreas, más allá de su valor de mercado. Cada uno condujo a grandes dificultades de pago, que fueron manipuladas a través de diversos tipos de falsas quiebras bancarias. Finalmente, en 1990, la burbuja japonesa de bienes raíces estalló, desvalorizando los títulos de propiedad enormemente. Así, el último bastión de la capacidad económica productiva de la economía-mundo fue tomado por asalto. Esta fue la historia de los noventa.

La posición política de los EU comenzó a ser objeto de un severo ataque, no a pesar sino, precisamente, por el colapso de la Unión Soviética. Saddam Hussein decidió tomar ventaja de la realidad post-Yalta, desafiando directamente el poderío militar de los EU al invadir Kuwait. Fue capaz de hacer esto porque la URSS no estaba ya en posición de impedirlo. Lo hizo porque había prometido resolver, en el corto plazo, los problemas de endeudamiento de Irak (fuertemente endeudado con Kuwait) e incrementar sus ingresos petroleros. Lo hizo porque esperaba usar esta invasión, a mediano plazo, como base para la unificación militar bajo su égida del mundo árabe, una unificación que miraba como paso necesario para desafiar directamente al Norte en general y a EU en particular.

Allí hubo dos posibilidades para Saddam: que EU se replegara o que no. Si lo primero ocurría, su victoria hubiera sido inmediata. Pero contaba con el hecho de que, in-

cluso si lo segundo ocurría, ganaría a largo plazo. Hasta aquí, la historia no ha mostrado si sus cálculos fueron equivocados. Los EU, por supuesto, movilizaron la fuerza militar necesaria para arrojar a los iraquíes fuera de Kuwait y, luego, ocupar Irak imponiéndole una severa coacción internacional. Pero, el precio para EU fue alto. Mostró que no podía costear financieramente tales operaciones. La cuenta militar completa de EU fue cubierta por Arabia Saudita, Kuwait, Japón y Alemania. Además, mostró que no podía destituir a Saddam porque no estaba dispuesto a enviar sus tropas al interior de Irak. Las dos restricciones –la financiera y la militar– fueron dictadas por la opinión pública estadounidense, que estuvo lista para aplaudir la victoria, proporcionando el costo pero no el dinero ni las vidas. Esta es la explicación básica de cómo Saddam Hussein ha sido capaz de sobrevivir desde entonces, y que permite entender porque los esfuerzos para limitar las reservas de armas de destrucción masiva de Irak han sido tan ineficaces.

En los noventa, Europa Occidental realizó el paso esencial hacia su unificación, con la creación del euro, de esta manera alcanzó el apuntalamiento financiero necesario para dejar atrás sus estrechos vínculos políticos con EU. Sin duda, esto conducirá en la próxima década a la creación de un verdadero ejército europeo y, por ello, a su separación militar de los EU. La desintegración de la zona balcánica ha mostrado con toda claridad sumamente limitada de la OTAN como fuerza política y ha llegado a tensar, incluso peligrosamente, las relaciones entre Europa Occidental y EU.

En medio de todo esto llegó la crisis asiática. El colapso financiero de los Estados del sudeste asiático y los cuatro dragones fue seguido por una desastrosa interferencia del FMI, que acentuó simultáneamente las consecuencias económicas y políticas. Lo que debería observarse esencialmente acerca de este colapso es que la deflación finalmente impactó Asia del Este y su zona de influencia, seguida como sabemos por Rusia y Brasil. La hegemonía mundial está en suspenso, esperando un golpe a los EU. Entramos, entonces, en la última subfase de esta ola descendente de Kondratieff.

¿Después de ella veremos una nueva fase A de Kondratieff? Sí, seguramente, pero dentro de una deflación secular como en los siglos XVII y XIX, y no dentro de una inflación secular como en los siglos XVI, XVIII y XX. Pero todavía veremos algo diferente. Debemos ahora dirigir nuestra atención, mucho más allá de los ciclos de Kondratieff, hacia el desarrollo de larga duración del sistema-mundo moderno como sistema histórico.

La economía-mundo capitalista se ha sostenido largamente a sí misma, como ningún otro sistema lo ha hecho, gracias a mecanismos que restauran el equilibrio cada vez

que se aleja de él. El equilibrio nunca se restaura sólo, sino únicamente después de una desviación suficiente de la norma establecida y, por supuesto, nunca es restaurada perfectamente. Porque es preciso que la desviación alcance cierta medida antes de que se activen los contramovimientos que la revierten, el resultado es que la economía-mundo capitalista, como cualquier otro sistema, tiene ritmos cíclicos de múltiples tipos. Hemos estado discutiendo uno de los más importantes en su desarrollo, el ciclo de Kondratieff, pero no es el único.

El equilibrio nunca se restaura en el mismo punto porque los contramovimientos propician cierto cambio en los parámetros fundamentales del sistema. De ahí que, el equilibrio siempre sea un equilibrio en movimiento, en consecuencia, el sistema tiene trends seculares. Es esta combinación de ritmos cíclicos y trends seculares la que determina el funcionamiento “normal” de un sistema. Sin embargo, los trends seculares no pueden extenderse eternamente, ya que alcanzan asíntotas. Una vez que esto sucede, ya no es posible para los ritmos cíclicos regresar el sistema al equilibrio, allí es cuando un sistema comienza a trastornarse. Empieza su crisis terminal y su bifurcación –es decir, se encuentra ante dos (o más) rutas alternativas hacia una nueva estructura, con un nuevo equilibrio, nuevos ritmos cíclicos y nuevos trends seculares–. Pero cuál de éstas dos rutas alternativas seguirá el sistema, esto es, qué tipo de nuevo sistema será establecido, no es posible determinarlo con antelación, puesto que será resultado de una infinidad de elecciones particulares que no están sistémicamente determinadas. Esto es lo que ahora viene sucediendo en la economía-mundo capitalista.

Para comprender esto, debemos analizar el principal trend secular, ya que está aproximándose a sus asíntotas. Cada una de ellas está creando límites para la acumulación del capital. Como la acumulación incesante de capital es la característica determinante del capitalismo en tanto sistema histórico, una triple presión esta tendiendo a volver impracticable el motor primario del sistema y, por tanto, está creando una crisis estructural.

El primer trend secular corresponde al nivel de los salarios reales como porcentaje de los costos de producción, calculado como promedio de toda la economía-mundo. Obviamente, el nivel más bajo trae consigo el nivel más alto de ganancias, y viceversa. ¿Qué determina el nivel de los salarios reales? Evidentemente, la respuesta es la *rapport de forces* entre la fuerza de trabajo en determinada zona y los empresarios del sector correspondiente de la economía-mundo. Esta *rapport de forces*, es, ante todo, función de la fuerza política de estos dos grupos en lo que denominamos lucha de clases. En este sentido, es engañoso cuando se habla del mercado como elemento que impone determinados niveles salariales, ya que, el

valor mercantil del trabajo es a función de la múltiple *rapport de forces* en varias zonas de la economía-mundo. Esta variable correlación política se modifica en función de la eficacia de la organización política constituida de una forma u otra por determinadas fuerzas de los trabajadores y de las alternativas concretas de los empresarios para relocalizar sus operaciones. Ambos factores cambian constantemente.

Lo que se puede decir es que, en todo tiempo y en toda localidad geográfico/sectorial, la fuerza de trabajo buscará crear alguna forma de organización sindical y de acción que le permita negociar con más efectividad, sea directamente con el empresario o indirectamente vía su influencia en el aparato político pertinente. Sin duda, esa fuerza política puede ser refrenada en cada localidad mediante una contraofensiva política de los grupos capitalistas, pero también es cierto que la larga "democratización" de los aparatos políticos en el curso de la historia del sistema-mundo moderno ha hecho de la curva de la fuerza política de las clases trabajadoras una tendencia ascendente de "larga duración" en casi todos los Estados del sistema-mundo.

El principal mecanismo con el cual los capitalistas de todo el mundo han sido capaces de limitar esta presión política ha sido la relocalización de determinados sectores productivos, trasladándolos a otras zonas de la economía-mundo que cuentan con los promedios más bajos de nivel salarial. Operación que es tanto políticamente difícil como atractiva, por los niveles que proyecta de ganancias eventuales. De ahí que, se haya tendido a realizar principalmente en los periodos B de Kondratieff, como sugeríamos anteriormente. Aunque, ha sido implementada repetidamente a lo largo del desarrollo histórico del sistema-mundo moderno. Ahora bien, ¿por qué las áreas en las que van siendo relocalizados diversos sectores son áreas con los niveles salariales más bajos? No resuelve nada decir que ésta es consecuencia de sus niveles salariales "históricos". ¿De dónde viene esta historia?

La fuente principal de trabajo con salarios realmente bajos ha provenido siempre del reclutamiento de inmigrantes de áreas rurales, que a menudo se integran por primera vez al mercado de trabajo. Están dispuestos a aceptar los niveles salariales más bajos del mundo por dos razones. Los ingresos netos que reciben, de hecho, son más altos que los que percibían previamente en su actividad rural. Y como se encuentran socialmente desarraigados, por tanto políticamente desarticulados, están imposibilitados para defender bien sus intereses. Aunque hay que decir que ambas explicaciones han venido agotándose con el tiempo, ciertamente después de treinta años, porque tales trabajadores han empezado a ejercer presión por niveles salariales similares a los de trabajadores de otras regiones de la economía-mundo. En esta situación, la mejor opción para los capitalistas es una nueva relocalización.

Como puede verse, tal modo de conducir la lucha de clases depende de que siempre haya nuevas áreas del sistema-mundo en las cuales relocalizar la producción, lo cual a su vez depende de la existencia de un significativo sector rural no integrado aún al mercado de trabajo. Sin embargo, este último, precisamente, ha mostrado una tendencia secular descendente. La desruralización del mundo despliega una acelerada curva ascendente, que ha estado creciendo continuamente durante 500 años pero más drásticamente desde 1945. Es perfectamente posible prever que estas áreas desaparecerán en los próximos 25 años. Una vez que la totalidad del sistema-mundo esté desruralizado, la única opción para los capitalistas será continuar la lucha de clases donde estén instalados. Y ahí la desigualdad estará contra ellos. En la misma medida que siga agudizándose la polarización de los ingresos no sólo en el sistema-mundo como totalidad sino dentro de los países más ricos, la organización política y económica de las capas más bajas continuará creciendo. Incluso donde existan grandes cantidades de personas técnicamente desempleadas, obteniendo sus ingresos, tal como sucede, de la economía informal, las alternativas disponibles para los trabajadores localizados en los barrios y las favelas del sistema-mundo son tales que están en posición de demandar razonables niveles salariales que les permitan ingresar a la economía formal. El resultado neto de todo esto es una seria presión sobre la magnitud de la ganancia que se agudizará con el tiempo.

El segundo trend secular que preocupa a los capitalistas es diferente. No tiene que ver con los costos salariales de los trabajadores, sino con el costo de los insumos productivos. ¿Qué vuelve insolvente el costo de los insumos? No únicamente el precio al cual son comprados por diferentes firmas, sino también su costo de producción. Aunque el costo de compra es regularmente cubierto por la firma que finalmente obtendrá las ganancias, el costo de producción de los insumos es a menudo cubierto parcialmente por otros. Por ejemplo, si la producción de la materia prima arroja tóxicos o desperdicios voluminosos, parte del costo implica deshacerse de tales desperdicios o manejar los tóxicos de modo seguro. Las firmas, por supuesto, desean minimizar estos costos de eliminación. Una forma en que pueden hacer esto, sumamente practicada, es colocar los desechos en algún lugar lejano a la fábrica después de una mínima desintoxicación, por ejemplo, descargando químicos tóxicos en corrientes. Esto es lo que los economistas llaman "externalización de costos". Claro está, aquí no se agotan los costos de eliminación. Continuando nuestro ejemplo, si los tóxicos son descargados en corrientes, envenenarán las aguas y, eventualmente, quizás décadas después, perjudicarán a la gente o a la naturaleza (los costos son reales si las dificultades son calculadas). Entonces será necesaria una decisión social



para limpiar la contaminación, en tal caso el cuerpo que emprende la limpieza, a menudo el Estado, absorbe el costo. Otro modo de reducir costos es utilizar materias primas pero sin atender (esto es, sin pagar) su renovación, un problema particularmente grave cuando se trata de la naturaleza orgánica. Dicha externalización de costos reduce significativamente los costos de la materia prima de determinados productores y, por tanto, incrementa el margen de su ganancia.

El problema aquí es similar al de la relocalización como solución a los costos salariales. Persiste mientras existen áreas inutilizadas en las cuales puedan descargarse desperdicios. Pero, finalmente, no habrá más corrientes que contaminar o árboles que cortar, o habrá menos, ya no podemos seguir sin serias consecuencias inmediatas para la salud de la biosfera. Esta es la situación en la cual nos encontramos hoy después de 500 años de tales prácticas, de ahí que tengamos un movimiento ecologista que ha venido creciendo rápidamente por todo el mundo.

¿Qué se puede hacer? Los gobiernos del mundo pueden comprometerse a realizar vastas campañas de limpieza y de renovación de los recursos orgánicos. El problema es que el costo de una operación efectiva, que sería enorme, debe ser pagado por alguien mediante alguna forma de impuestos. Únicamente existen dos con-

juntos sobre los cuales puede cargarse este gasto: las empresas que han estado arrojando desperdicios, o el resto de nosotros. Si la primera es la forma, la presión sobre la tasa de ganancia será impresionantemente alta. Si lo es la segunda, el gravamen fiscal crecerá significativamente, una situación en la que estamos entrando. Además, no serán suficientes la limpieza y renovación orgánica si las prácticas contaminantes continúan como hasta el presente, ya que, se estarían limpiando establos de Augias. De ahí que, por inferencia lógica, sea necesaria la internalización total de los costos. Esto, sin embargo, añadiría más presión sobre las ganancias de las firmas individuales. No veo ninguna solución factible para este dilema social dentro de los marcos de la economía-mundo capitalista, por ello planteo que constituye la segunda presión estructural sobre la acumulación de capital.

La tercera presión se sitúa en la esfera de los impuestos. Impuestos son, por supuesto, pago por servicios sociales, por consiguiente son aceptados como un costo de producción razonable, a condición de que no sea demasiado elevado. Ahora bien, ¿qué ha determinado el nivel de impuestos? Sin duda, ha sido la constante demanda de seguridad (militar y policíaca). Que, como sabemos, ha estado creciendo constantemente a lo largo de los siglos por la ampliación de los costos relati-



vos de los equipos de seguridad, la esfera de las acciones militares y la evidente necesidad de acciones policíacas. De estas, la segunda ha estado creciendo regularmente según el tamaño de las burocracias civiles del mundo, que, en primer lugar, sirven para la recolección de impuestos y, en segundo lugar, para ejecutar las funciones de desarrollo de los Estados modernos.

Desarrollo que se ha logrado teniendo que satisfacer determinadas demandas sociales. Este no ha sido un gasto opcional. El crecimiento de estos suministros ha sido uno de los más importantes medios para garantizar una relativa estabilidad política como respuesta al creciente descontento de las capas bajas derivado de la agudización en la polarización de los ingresos reales, que ha sido característica constante del sistema-mundo. Las obras del bienestar social realizadas por los gobiernos han estado dirigidas a domesticar a las "clases peligrosas", es decir, a mantener la lucha de clases dentro de ciertos límites.

Lo que llamamos "democratización" es justo esta respuesta a las demandas populares, que han tenido su propio trend secular. Existen tres variedades principales de tales demandas populares: instituciones educativas, servicios de salud y garantías de ingreso a lo largo de la vida de los individuos (particularmente, seguro de desempleo y seguridad social para los ancianos). Hay dos cosas que deben resaltarse de estas demandas. Se han venido levantando en más y más zonas del sistema-mundo, al grado de estar hoy cerca de ser universales. Y los niveles de estas demandas han estado creciendo constantemente dentro de cada país, sin que adquieran un límite claro a la vista.

Esto significa, de hecho ha significado, ascenso constante en las tasas de impuestos de casi todos los países, a lo sumo con pequeñas reducciones ocasionales. Pero, tal redistribución tributaria, una vez llegado cierto punto, alcanza niveles que dificultan seriamente la posibilidad de la acumulación capitalista. De ahí la reacción actual de los capitalistas por una reducción de precios que se expresa como "crisis fiscal de los Estados", junto a la cual está creciendo aceleradamente la insistencia por buscar apoyo popular para cargar los impuestos sobre los individuos. La ironía consiste en que mientras frecuentemente se solicita apoyo popular para determinados impuestos, no se solicita para recortar el gasto social (sea en educación, salud o seguros de ingreso). En efecto, al mismo tiempo que existen voces que claman por elevar los impuestos, las medidas de demandas populares por servicios gubernamentales están en ascenso. Así aquí también tenemos una presión estructural sobre la acumulación de capital.

De esta manera, estamos ante las tres mayores presiones estructurales sobre la capacidad de los capitalistas para acumular capital, resultado de los trends seculares que continúan su movimiento ascendente. Esta crisis, que

no es de crecimiento sino de acumulación de capital, es complejizada aún más por un fenómeno diferente, la pérdida de legitimidad de las estructuras estatales. Estructuras que constituyen un elemento crucial para la capacidad de los capitalistas de acumular capital. Los Estados hacen posible cuasi-monopolios, que son la única fuente de importantes tasas de ganancia. Los Estados son los que se encargan de domesticar a las "clases peligrosas" combinando represión y apaciguamiento. Los Estados son la principal fuente productora de ideologías dirigidas a persuadir a las masas populares para volverlas relativamente pacientes.

El mayor argumento para la paciencia ha sido la inevitabilidad de la reforma. Las cosas mejorarán, si no inmediatamente, para nuestros hijos y nuestros nietos. Un mundo más próspero, más igualitario, está en el horizonte. Este es, evidentemente, el discurso oficial de la ideología liberal, que ha dominado la geocultura desde el siglo XIX. Pero también ha sido el tema de todos los movimientos antisistémicos, especialmente de aquellos que se han autoproclamado más revolucionarios. Estos movimientos han hecho particular énfasis en este tema cuando han conquistado el poder estatal. Le han dicho a sus propias clases trabajadoras que están "desarrollando" su economía, y que deben ser pacientes mientras los frutos del crecimiento económico finalmente mejoran la calidad de sus vidas. Han predicado paciencia en torno a los niveles de vida, pero también en torno a la ausencia de igualdad política.

Mientras los movimientos antisistémicos (ya fueran comunistas, socialdemócratas o de liberación nacional) estuvieron en su fase de movilización contra regímenes de desigualdad, militaristas, dictatoriales, fascistas, coloniales, o incluso simplemente conservadores, este tema fue mutando pero no estropeó la capacidad de los movimientos antisistémicos para garantizar el crecimiento de su apoyo popular. Sin embargo, una vez que dichos movimientos llegaron al poder, como sucedió ampliamente a lo ancho del mundo durante el periodo 1945-1970 (el periodo A de Kondratieff, del cual hemos estado hablando), fueron puestos a prueba. Y en nivel mundial han estado mostrando sus deficiencias. El récord de los regímenes "post-revolucionarios" muestra que no han sido capaces de reducir, en nivel mundial o incluso interno, la polarización en algún grado significativo, y tampoco han sido capaces de establecer seriamente la igualdad política interna. Sin duda, consumaron muchas reformas, pero prometieron más que reformas. Y como el sistema-mundo ha mantenido una economía-mundo capitalista, los regímenes colocados fuera de la zona centro han estado incapacitados estructuralmente para "ponerse a la altura" de los países ricos.

Esto no es simplemente objeto de análisis académico. El resultado de estas realidades ha sido una desilusión monumental con los movimientos antisistémicos. Al grado de que conservan su apoyo, a lo sumo, como *pis aller*, como grupo reformista sólo quizás mejor que una alternativa colocada más a la derecha, pero ciertamente no como movimiento precursor de una nueva sociedad. El principal resultado de esto ha sido un desinterés masivo en las estructuras estatales. Las masas del mundo van dejando de mirar a los Estados como agentes de transformación, ahora están contestando con un escepticismo fundamental en torno a la capacidad de los Estados para promover el cambio, incluso para mantener el orden social.

Esta ola mundial de anti-estatismo tiene dos consecuencias inmediatas. Una es la escalada del miedo social, la gente por todas partes viene sustituyendo al Estado en lo que se refiere a proporcionarse su propia seguridad. Por supuesto, esto funda una espiral negativa. Cuanto más se implemente, más y más violencia caótica existirá, volviendo a la mayoría de los Estados incapaces para manejar la situación y, por consiguiente, provocará que más gente se desilusione ante él, fomentando así el debilitamiento de la capacidad de los Estados para limitar la espiral. Estamos entrando dentro de este tipo de espiral, con diferentes ritmos, en múltiples países del sistema-mundo, pero se está acelerando casi en todas partes.

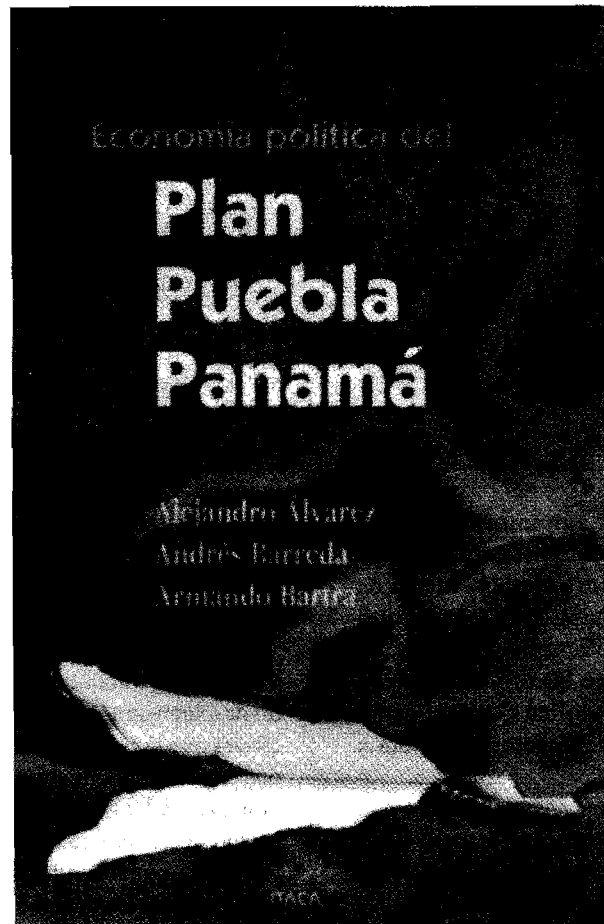
La segunda consecuencia es para los capitalistas. Los Estados que están deslegitimados encuentran cada vez más difi-

cultades para garantizar los cuasi-monopolios que los capitalistas necesitan, no se diga para domesticar a las "clases peligrosas". De este modo, al mismo tiempo que los capitalistas encararán tres presiones estructurales crecientes sobre la tasa global de ganancia y, desde ahí, sobre su capacidad para acumular capital, encontrarán que los Estados son menos capaces que antes para ayudarlos a resolver estos conflictos.

Esto es lo que podemos decir de la economía-mundo capitalista ahora que está entrando en su crisis terminal,

una crisis que quizás dure cincuenta años. La pregunta esencial ante nosotros es qué pasará durante esta crisis, que es una transición del sistema-mundo actual a otro tipo de sistema histórico o de varios sistemas. Conceptualmente, la cuestión clave es la relación entre los ciclos de Kondratieff, que describí primero, y la crisis sistémica, de la cual estamos hablando ahora. Políticamente, la pregunta es qué tipo de acción social es posible y conveniente implementar a lo largo de esta transición sistémica.

Los ciclos de Kondratieff forman parte del funcionamiento "normal" de la economía-mundo capitalista. Denominamos funcionamiento normal aquel que no se interrumpe porque el sistema haya entrado en una crisis sistémica. Los diversos mecanismos con que cuenta para el funcionamiento del sistema capitalista están en su lugar. Cuando la actual fase B se haya agotado, tendremos indudablemente una nueva fase A. Sin embargo, la crisis sistémica interferirá seriamente su trayectoria. Es un poco como intentar conducir un auto-





móvil cuesta abajo con el motor aún intacto pero con daños en su cuerpo y en las ruedas. El automóvil inquestionablemente se moverá, pero ciertamente no de modo rectilíneo como uno esperaría, ni con la certeza de que los frenos puedan operar eficazmente. ¿Cómo se comportaría si pudieran evaluarse las dificultades con anticipación? Suministrar más gasolina al motor generaría consecuencias inesperadas. El automóvil podría estrellarse.

Hace largo tiempo, Schumpeter nos acostumbró a la idea de que el capitalismo no podría colapsarse debido a sus fracasos, sino a sus éxitos. Hemos intentado mostrar aquí cómo sus éxitos (sus modos de neutralización de las olas descendentes en la economía mundo, sus modos de maximización de la acumulación de capital) han creado, a lo largo del tiempo, límites estructurales para la misma acumulación capitalista, pese a que estaban dirigidos a asegurar su persistencia. Esta es evidencia empírica concreta de la suposición schumpeteriana. Sin duda, continuando con la analogía del automóvil dañado, un conductor prudente manejaría despacio bajo estas difíciles condiciones. Pero no existe tal conductor prudente en la economía mundo-capitalista. Ningún individuo o grupo tiene el poder para tomar las decisiones necesarias sólo. El mismo hecho de que estas decisiones estén siendo tomadas por una

gran cantidad de actores que operan aisladamente, cada uno con sus intereses inmediatos, prácticamente garantiza que el automóvil no irá despacio. Probablemente, comenzará a viajar cada vez con mayor velocidad.

En consecuencia, lo que cabe esperar es temeridad. Como la economía-mundo entera entra en un nuevo periodo de expansión, exacerbará, por tanto, las mismas condiciones que la conducen hacia su crisis terminal. En términos técnicos, las fluctuaciones se tornarán cada vez más violentas, o más "caóticas", de suerte que, la dirección en la cual se esté moviendo su trayectoria será crecientemente incierta, como la ruta que oscila entre más y más zigzags conforme se incrementa la rapidez. Al mismo tiempo, podemos esperar que el grado de seguridad individual y colectiva disminuya, quizás vertiginosamente, conforme las estructuras estatales pierdan más y más legitimidad. Esto agudizará, sin duda, la medida de violencia cotidiana en el sistema-mundo. Será ineludiblemente espantoso para la mayoría de la gente.

Políticamente, ésta situación será de gran confusión, a partir de ahí los análisis políticos clásicos que tenemos desarrollados para entender el sistema-mundo moderno parecerá que no pudieran aplicarse o parecerán obsoletos. Pero esto no será realmente cierto. Puesto que éstos análisis estuvieron dirigidos princi-

palmente hacia los procesos de desarrollo del sistema-mundo existente y no hacia la realidad de una transición. Esta es la razón por la cual es tan importante ser claros en la distinción entre éstos dos y las trayectorias con las cuales esta doble realidad se desplegará hasta el final.

En lo que se refiere al desarrollo del sistema-mundo contemporáneo, será casi imposible que la acción política impacte profundamente. Regresando a la analogía del automóvil dañado viajando cuesta abajo, podremos sentir ciertamente algo de impotencia, ya que, a lo más estaremos capacitados para intentar maniobrar buscando minimizar el daño inmediato que padeceremos. Pero en lo que concierne a la transición como totalidad, la oposición es legítima. Precisamente porque su resultado es impredecible, precisamente porque sus fluctuaciones son tan violentas, hasta la más mínima acción política acarreará grandes consecuencias. Me gusta concebir éste como un momento en el tiempo histórico en el cual la libertad entra realmente en juego.

Cabe conceptualizar esta larga transición como una enorme lucha política entre dos importantes grupos, el grupo de todos aquellos que desean mantener los privi-

legios del sistema inegalitario existente, si bien con formas diferentes, quizás formas sumamente diferentes; y el grupo de todos aquellos que quisieran ver la creación de un nuevo sistema histórico, que será significativamente más democrático y más igualitario. No obstante, no podemos esperar que los miembros del primer grupo se presenten bajo el modo con el cual acabo de describirlos. Sostendrán que son modernizadores, nuevos demócratas, defensores de la libertad y el progreso. Incluso, podrán reclamarse revolucionarios. La clave no está en la retórica, sino en la realidad sustantiva que esté siendo propuesta.

El resultado de la lucha política será en parte resultado de quien sea capaz de movilizarse, pero también en gran parte de quien analice mejor lo que está pasando y comprenda cuáles son las alternativas históricas reales que enfrentamos colectivamente. Es decir, nos encontramos en un momento en el que necesitamos unificar conocimientos, imaginación y praxis. Si no corremos el riesgo de tener que decir, dentro de un siglo, *plus ça change, plus c'est la même chose*. El resultado es, insisto, intrínsecamente incierto, por consiguiente, requiere la abierta intervención y creatividad humanas.

